

SOLO

A las puertas de Almería, día quince de mayo de 1939, apareció un niño.

Era diminuto, diminuto. Sus ojos eran inmensos, al contrario que él mismo, y muy blancos y muy ancianos, hundidos en un cráneo de pellejo tostado por el sol de muchos días. El pelo lo tenía largo y enmarañado: un nido de pájaros, piojos y mugre que le caía sobre los hombros arañados y polvorientos, sobre los ojos enormes, sobre todas partes. Por encima solo llevaba unos harapos que olían a excrementos y a orín, y que le colgaban del cuerpo mísero como las plumas de un pájaro roto.

Llevaba, al parecer, dos años escondido.

Lo llevamos al cuartel, le dimos agua, un pedazo de pan que no tocó y otro poco de agua después de que se tomase el primer vaso de un solo sorbo. Luego vomitó en el suelo: un vómito líquido, maloliente y de un color blanquecino. Después de que su diminuto cuerpo terminase de convulsionarse por las arcadas, pidió el pan. Acabó comiéndose una hogaza entera, aunque se lo dimos en trocitos pequeños para que su estómago acostumbrado al hambre pudiese asimilarlo.

No logramos que dijese una palabra. Años más tarde se desvelaría que fue uno de los pocos supervivientes de la Caravana de la Muerte, pero por el momento era todo un misterio para nosotros de dónde había salido aquel pequeño niño moribundo. Por su aspecto, lo primero que pudimos suponer es que llevaba un buen tiempo escondido como una alimaña, solo y solo. La soledad es lo único que realmente importa para un niño.

Poco a poco, comenzamos a hacerle preguntas con voz suave:

-¿Dónde están tus padres?- La única respuesta la dieron sus labios al temblar.

-¿Tienes hermanos?- Se miró las manos. Eran igual de diminutas que todo él.

-¿Estabas solo? –Contempló con ojos turbios mis zapatos. Él iba descalzo, y sus pies eran mapas de muchos pasos sobre tierra seca y piedras duras. Las cicatrices se repartían como acuarelas por ellos.

-Que lo bañen, que lo vistan, que le desinfecten las heridas. Que alguna mujer le haga hablar, alguna que no lleve uniforme.

El niño no había dejado de mirar nuestros uniformes con atención: era prácticamente lo único en lo que parecía haberse interesado. Los mismos uniformes que hicieron huir a sus padres y que, probablemente, también los mataron. Todo esto mientras, penosamente, se arrastraban llevando a su hijo hacia Almería con la única esperanza de que al menos este pudiera sobrevivir.

Me pregunté qué tan desesperado estaba aquel pequeño como para acudir a los mismos hombres que habían destruido todo lo que significaba algo para él.

Se lo llevaron. El hedor que despedía, no obstante, siguió en el cuarto como un testimonio de su existencia. No, no era un fantasma. Había sobrevivido al hambre, a la diarrea, a la tristeza, al miedo... Claro que todo eso levantaba otra incógnita. No podía haberlo hecho solo: alguien

debía haberle ayudado, alguien que seguiría ahí fuera, vivo o muerto, y al que tendrían que encontrar.

Tres horas después, habían logrado de desprender de él la gran costra de miseria que cubría su cuerpo de infante, pero no la tristeza que ensombrecía sus pupilas. Lo habían vestido con ropas viejas que, al lado de los andrajos con los que llegó, parecían finas sedas. Muchas partes de su cuerpo asomaban cubiertas de vendas o rojas y suaves tras el paso del jabón y el alcohol.

Lo seguí mirando, mientras él se perdía en todo. Pequeño, tan pequeño... Encogido en las sombras, diminuto, hecho un ovillo que parecía querer desaparecer.

Lo enviarían a una nueva familia. Una nueva familia donde le enseñarían a odiar a sus padres, a quien fuese que le había estado ayudando, a todos los que fueron caras conocidas para él. Y, sobre todo, a creer en aquellos que los mataban, ante sus propios ojos cansados.

Se preguntó si aquel niño llegaría a olvidar de dónde venía.